



S. E. Mons. José María Yanguas  
Obispo de Cuenca

El P. José Noriega, Superior de los Discípulos de los Corazones de Jesús y María, me invita amablemente a escribir una breve colaboración con destino al libro que se prepara con motivo de la próxima celebración de los XXV años de vida del citado Instituto Religioso. Acepto con agrado la invitación, a la que no podría en ningún modo negarme, sea por los lazos canónicos que unen a los Discípulos con el Obispo de Cuenca, sea por la relación de sincera estima y de aprecio personal que me une con el P. José Noriega.

Ante todo deseo dar gracias a Dios por este nuevo Instituto Religioso. Joven en el tiempo, se presenta sin embargo suficientemente cuajado a nivel espiritual y eclesial, de manera que son ya bien visibles los frutos que está produciendo. A la gratitud a Dios Nuestro Señor se suma la oración confiada, para que la luz y la fuerza del Espíritu acompañe y guíe el camino de los Discípulos de los Corazones de Jesús y María en el seno de la Iglesia.

Como es bien sabido, la misión de la Iglesia no es otra que la que el Verbo encarnado recibió de su eterno Padre: “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo” (*Jn*, 20, 21). A la Iglesia toca continuar la misión que Cristo recibió. Para eso hemos sido convocados. La Iglesia no tiene misión propia, es siempre y sólo *instrumentum coniunctum*, “humanidad” de Cristo que continua en la historia, mediación querida por Dios para la salvación de los hombres. San Juan recoge en su Evangelio la naturaleza precisa de la misión del Señor, tal como éste la definió: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante” (*Jn* 10, 10). La misión de la Iglesia, como la de Cristo, consiste, pues, en hacer que los hombres vivan plenamente la vida divina, iluminados por la verdad de su Palabra, siendo sal y luz del mundo que ha de ser transformado en Reino de Dios.

Hace unos pocos meses, durante su última visita a su país natal, el Santo Padre afirmaba que “la misión de la Iglesia se deriva del misterio del Dios uno y trino, del misterio de su amor creador. (...) Su sentido consiste en ser instrumento de la redención, en dejarse impregnar por la Palabra de Dios y en introducir al mundo en la unión de amor con Dios” (*Discurso a una representación de católicos alemanes comprometidos en la Iglesia*, 25 de septiembre de 2011).

Al servicio de esta misión de la Iglesia se pone todo Discípulo de los Corazones de Jesús y María, forjado en la contemplación con María del Cristo crucificado que lo llama a ser uno con Él, y consagrado por el Espíritu Santo en el servicio a la Iglesia (cf. I Parte, art. 3 de las *Constituciones*).

El servicio del Discípulo a la misión de la Iglesia se realiza mediante actividades diversas que le son propias. Una de estas es la de la formación teológica y la enseñanza. Considero esta específica contribución de los Discípulos a la misión de la Iglesia particularmente importante en nuestros días. En unas declaraciones hechas hace unos años, el entonces Card. Ratzinger cifraba “la raíz de todos los problemas pastorales” en una pérdida de capacidad para percibir la verdad”. Una mejor y más profunda formación de los cristianos en la fe constituye pues, me parece, una tarea urgente y decisiva en nuestros días. A la vez, es necesario un continuado esfuerzo teológico para expresar la fe de manera inteligible para el hombre de hoy; un esfuerzo por traducir, podríamos decir, los contenidos del Credo a un lenguaje accesible a nuestros coetáneos, que,

exquisitamente fiel a la verdad, resulte, al mismo tiempo, significativo en su mundo conceptual, y que entre en diálogo con el universo de sus experiencias, sentimientos y valores.

Estoy convencido de que una parte de la contribución que los Discípulos de los Corazones de Jesús y María podrán dar a la misión general de la iglesia discurre por esta vía. Confío en que será progresivamente cada vez más relevante. Lo realizado hasta ahora es semilla que nos permite esperar una cosecha abundante.